

TRAS EL ESTRENO DEL HOMENAJE TEATRAL A GARCÍA LORCA



Saúl Fernández

La comedia sin título

Dirección y dramaturgia: Emilio Ruiz Barrachina

Intérpretes: Alberto Iglesias, Javier Gurruchaga, Valentín Paredes, Enrique Simón, Ángel Héctor Sánchez, Bárbara Cafarell, Alberto Closas, Miguel García

Teatro Campoamor, 7 de julio de 2023

Nadie se pudo llevar a engaño antes de anoche. El actor Alberto Iglesias transmutado en el escritor Federico García Lorca se dirige directamente al público que llena el teatro Campoamor y dice: «Venís al teatro con el afán único de divertir y tenéis autores a los que pagáis, y es muy justo, pero hoy el poeta os hace una encerrona porque quiere y aspira a conmover vuestros corazones enseñándoos las cosas que no queréis ver, gritando las simplísimas verdades que no queréis oír». Y lo que no quiere oír, por ejemplo, es el ruido de los tiros del barranco de Víznar, donde Lorca fue asesinado en la madrugada del 18 de agosto de 1936, poco menos de un mes después del golpe de Estado que devino en guerra civil. En nada, sólo noventa años de distancia.

No queriendo oír todo eso, lo terminó escuchando. El Campoamor entero se conmovió cuando llegó el final de «Comedia sin título», a donde corresponden las palabras que incorporó un prodigioso Alberto Iglesias que llevó sobre sus hombros el peso de una producción cuyo estreno nacional aco-

La «comedia sin título» y «el nombre de todos sus ahogados»

El Campoamor recibe enardecido una producción armada con palabras del poeta de Granada y sus horas antes del asesinato

gió el coliseo ovetense que terminó aclamando el trabajo de una compañía como las de antes (12 actores sobre las tablas, ocho técnicos, una producción privada). Y lo hizo advertido por el propio Lorca (Iglesias): «¿Por qué hemos de ir siempre al teatro para ver lo que pasa y no lo que nos pasa? El espectador está tranquilo porque sabe que la comedia no se va a fijar en él». Pero sí se fijó. Este primer monólogo casi consigue un aplauso del personal que se juntó para ver teatro en una tarde tan calurosa como para haber acogido «el olor del mar».

Los aplausos se los repartieron, sobradamente, el trabajo denotado de Emilio Ruiz Barrachina, que se

encargó de la dirección y de la dramaturgia, y el de Iglesias, el de «Hécuba», «Sócrates» o «Largo viaje del día hacia la noche».

Las piezas del «collage» que co-sió Ruiz Barrachina (el texto que dejó escrito Lorca—sólo un acto—y la peripecia dramática de los últimos días del poeta en el mundo) lucen como un traje de alta costura. Lo que cuenta el escritor—esa defensa del teatro—conforma la base de la pasión y muerte posteriores. Ese es el añadido Ruiz Barrachina. El hombre de teatro, el de «decid la verdad sobre los viejos escenarios» es el que cae víctima de los soldados que asaltan la ficción que está sobre la escena. Y así

la ficción se hace verdad y las palabras, ametralladoras.

El guion redondo de Ruiz Barrachina—Lorca a un lado y allá al frente la historia verdadera del asesinato—cuadra con la dirección del espectáculo. Barrachina elige un escenario desnudo—sólo hay una silla—porque los espectadores—los de verdad—no precisan de más escenografías y aditamentos. Y no lo precisan porque la iluminación (de Rafael Echeverz) es tan sólida como un metal pesado.

La dirección de Barrachina va del naturalismo más salvaje (el diálogo en que se planea el arresto) a la melancolía no disimulada (el enfrentamiento entre el asesino Anto-

nio Benavides, un inmenso Javier Gurruchaga, y el poeta rozando el cielo de los poetas). Y este ir y venir deja al espectador como aupa-do en un interrogante.

Si Alberto Iglesias está gigante, también lo están buena parte de los secundarios: Gurruchaga y ese «Rojo, maricón» que tanto pavor produce cuando terminan los tiros; Ángel Héctor Sánchez, como salido de una comedia de Jardiel o de Neville, y un Enrique Simón, que es Ramón Ruiz Alonso, el diputado ultraderechista que entra en la casa de los Rosales para llevarse al poeta. Hace tiempo que no vea una función en la que se podía hablar precisamente de eso: de secundarios.

«Comedia sin título» toma aliento después de que Miguel Caballero realizara una investigación para centrar los implicados en el asesinato del escritor que nació hace 125 años, un trabajo que dejó escrito en «García Lorca. Basado en hechos reales». Su figura, hasta hace no mucho (Lorca ya es de dominio público), había estado controlada por la Fundación García Lorca. El paso de los años ha convertido en elemento de ficción aquello que fue la realidad más real de todas.

Barrachina no elude el paralelismo entre esos días posteriores al golpe de Estado de 1936 y los actuales. Donde comienzan las censuras ridículas como la de «Orlando, de Virginia Woolf» o la Buzz Lightyear o se establecen reglas de buen hacer para estos tiempos que están viniendo. Esos en los que Antonio Benavides y todos los demás fachas que se vengaron de Lorca (buena parte de ellos, familia directa) cobran el protagonismo que sólo le correspondía a Federico García Lorca, al mar y «al nombre de todos sus ahogados».



Alberto Iglesias, en su papel de Federico García Lorca, durante la representación del Campoamor. | David Cabo

Crítica

Lorca inmortal

sente en el águila que otea desde la claraboya como fúnebre presagio y en la truculenta anécdota de la mujer muerta de hambre con sus niños colgados del pecho. La revolución que hace saltar el teatro por los aires en el original lorquiano se funde en esta versión con la violencia desatada por el golpe de estado franquista y los personajes de los Espectadores pasan a ser Antonio Benavides, el primo pistolero

del autor y su esposa. El trabajo de Alberto Iglesias encarnando a Federico es descomunal. Sin necesidad de parecerse a él físicamente logra conmovernos como si fuera el propio poeta con su palabra firme y serena, comprometida, bella y alumbradora, al mismo tiempo que es capaz de dotar de gran verismo la zozobra y desaliento que sufrirá al conocer su terrible destino, la soledad y el desamparo. Hay muchos

Lorcas y cada espectador tiene uno, pero la magia de este enorme actor consigue conjurarlos a todos. Destaca también en el reparto el asturiano Ángel Héctor Sánchez por la naturalidad que imprime tanto al Apuntador como a Ajenjo, que en un macabro juego de palabras resulta ser uno de sus ejecutores, un arribista sin escrúpulos, que solo trata de lograr un ascenso. Alberto Closas da vida con mucha solvencia al

Criado y a Miguel Rosales, que intentará salvar la vida de su amigo gracias a su posición en Falange, así como Enrique Simón logra un acertado retrato del vulgar y resentido Ramón Ruiz Alonso, que ha pasado a la historia como el delator e instigador del asesinato. Valentín Paredes, muy correcto en el papel de Trescastro, es el abogado de los primos de Lorca que participa en la detención y representa, según su monólogo final, a esa España cruel y mediocre, delatora y censora, que cercenó la poesía con las armas y la barbarie. Aunque la puesta en escena resulta demasiado acartonada, muy «teatral» en el sentido antiguo del término, con algunas interpretaciones en clave farsesca y apoyada en un videomapping que no le favorece nada, no obstante, la gran labor interpretativa de Alberto Iglesias y la fuerza del texto lorquiano salvan un espectáculo que conmovió a un Campoamor emocionado que aplaudió en el estreno con una prolongada y sentida ovación.

Eva Vallines



Lorca nos dejó en «La Comedia sin título» una bofetada profética y toda una poética teatral con un fuerte componente social y una carga onírica estremecedora, que constituye un revulsivo para nuestras conciencias. El infame asesinato del poeta hizo que sólo pudiese escribir el primer acto, que Emilio Ruiz Barrachina entrevera en esta adaptación con los acontecimientos que marcan las últimas horas de vida de García Lorca, desde su detención en casa de los Rosales, a la luz de las últimas investigaciones de Miguel Caballero. La obra rezuma muerte de principio a fin, desde el presagio fatal de las palabras del Autor: «Enseñar la realidad es firmar tu sentencia de muerte», hasta las macabras alusiones a la madera ya talada de los ataúdes del público presente. La muerte nos acecha omnipre-